



### EL GATO DE WITTINGDON.

**S**OBRE la puerta de Newgate ó sea cárcel de Londres, se veía hace algunos años un bajo relieve que representaba un grueso lord con un gato á sus pies. Esta escultura, de principios del siglo XV, contrastaba con el escudo de los príncipes y los caballeros de la misma época, el uno con un león régio, el otro con una liebre noble; pero el pueblo de Londres no por eso dejaba de saludar con respeto al gato de Newgate; y hoy que la piedra, gastada por los siglos, apenas deja adivinar las figuras de aquellas armaduras populares, una canción celebra todavía á Wittingdon y su gato; el gato porque enriqueció á su dueño, y éste porque se mostró digno de ser rico, dotando á su país de establecimientos útiles y benéficos.

A fines del siglo XIV, un caballero del condado de Lancas-



ter arruinado en las guerras de Eduardo III, murió recomendando un huérfano á la generosidad de sus parientes y de sus amigos; pero Williams Wittingdon, que así se llamaba el caballero, habia olvidado que los parientes y los amigos de los que mueren pobres, ni son generosos ni en gran número.

Ricardo su hijo no encontró á poco quien quisiera reconocerle y sobre todo mantenerle. Vióse un día en medio del camino sin pan y sin asilo á tiempo que pasaba un ordinario con su carro, y recordando todo cuanto le habian dicho del esplendor de Londres, persuadido de que donde habia tantos ricos palacios y banquetes régios habria tambien un albergue y un pedazo de pan para el hijo de un oficial arruinado en servicio del rey, suplicó al ordinario le permitiese seguir á pié su pesado carruaje. Permitiósele aquel de mil amores, y aun le dejó que subiese de tiempo en tiempo al carro; y como Ricardillo supiese hacerse útil cuidando los caballos mientras el cosario entraba en las tabernas, ó se detenía á hablar con algun conocido, fué mantenido de balde hasta Londres, á donde llegaron un día á la caída de la tarde.

Ricardo durmió aquella noche en el carro, esperando despertar á la mañana siguiente no pobre huérfano de una miserable aldea situada á cien larguissimas leguas del sol de la corte, sino ciudadano de Londres tan hecho y derecho como los demás. Cuando llegó el día, Ricardo, sin pensar en el almuerzo, se dió á recorrer las calles de Londres, abriendo tanto ojo cada vez que hacia alto, ya para admirar lo que nunca habia visto, ya para antojársele entrar en las casas que le parecian tan altas y tan grandes. Pero luego que anduvo así mucho tiempo, sin que nadie hiciese caso de él en medio de aquella multitud que iba y venia, el pobre Ricardo, medio muerto de admiracion, de hambre y cansancio, no tuvo mas remedio que imitar á otro niño, mas arapiento que él, alargar la mano, y recibir la limosna de algunos cuartos, con los cuales compró con que hacer de una vez sus tres comidas: luego que sobrevino la noche, se tendió en un banco de piedra, y durmió mucho mejor que los que le dejaron en la puerta; pero sus sueños no fueron tan dorados como los de la víspera.

El segundo y tercer dias continuó Ricardo su viaje por Londres, triste, desanimado, y en la precision de acostarse de noche bajo las goteras de una de esas casas, donde le parecia habria tanto sitio para él como le dijeran que entrará. A la cuarta noche le disputó su lecho de piedra una criada de mal humor, que viéndole desde la ventana de la cocina lo trató de holgazán, amenazándole si no se retiraba con verterle sobre la cabeza el contenido de su cucharón para espumar.

«Buena señora, dijo el pobre huérfano un poco asustado, no



hagais tal, porque estoy acostumbrado á la lluvia del cielo y al rocío de la mañana, pero no al agua hirviendo.»

Estas palabras las oyó con sonrisa el dueño de la casa, rico mercader llamado Fitzwaren, que interponiéndose entre la mal humorada cocinera y el niño, le hizo algunas preguntas, se rió de su sencillez, le dijo que entrase, y le mandó dar de cenar. La criada refunfuñó un poco, pero entre dientes, y se vió obligada, luego que acabó la cena, á dar una cama á nuestro huéspedito, quien la perdonó de todo corazón, creyéndose al fin en posesión del derecho de ciudadanía en Londres, objeto de toda su ambición. Al día siguiente le preguntó Fitzwaren lo que sabía hacer, cómo podría hacerse útil, y otras cosas que le pusieron en gran apuro, porque solo podía ofrecer su buena voluntad.

Sin embargo de esto, el mercader le conservó en su casa, tratándole con bondad; pero Ricardo fué el pagache, como se dice vulgarmente, de toda la casa. Bajo el pretexto de que para nada servía, todos procuraban utilizarle en su esfera, hasta la criada, tratándole siempre de holgazan. Ricardo comprendió que no se libraría de la cocinera, sino perteneciendo al escritorio de Fitzwaren, y como pudo hizo la corte á un viejo tenedor de libros, á quien le pidió hiciese el favor de darle lecciones de leer y escribir, tarea que se impuso desde luego el dependiente.

Una tarde reinó en la casa gran tumulto; todos corrían hacia el jardín, y se oía llorar á Miss Alice, hija de Fitzwaren, la cual tenía fijos los ojos en las ramas de un gran álamo, donde se había posado un loro. El pícaro reía, decía por mofa todo cuanto sabía, y se burlaba de toda aquella gente que no podía cogerlo. Era el loro favorito de Miss Alice, que acababa de escaparse, mas bien por broma de loro malicioso que para huir, porque estos pájaros caprichosos y glotones pronto se acomodan á las dulzuras de la cautividad, y prefieren su jaula á la vida errante é incierta del aire. Ricardo no dudó un momento; trepó al árbol, y bajó con el prisionero, á quien no soltó á pesar de sus fuertes picotazos. Miss Alice agradeció mucho al niño esta acción, dándole un shelling nuevo.

Qué hizo Ricardo con él?—Cuando acostado sobre un montón de heno ó sobre un banco soñaba Ricardo que en las casas grandes se dormía muy bien, no sabía que los graneros tienen el inconveniente de servir de refugio á las ratas: ahora bien, en el granero donde pasaba la noche Ricardo esos animales incómodos hacían un ruido infernal, que muchas veces turbaba su sueño. Con el shelling compró un gato pequeño, que á poco se convirtió en un gatazo, y con cuyo fiel y valeroso aliado pudo dormir tranquilo en lo sucesivo.

Algun tiempo después Fitzwaren reunió á todos sus depen-



dientes, porque iba á disponer un cargamento para lejanos países, y segun una antigua costumbre queria que todos los que le servian diesen su pacotilla al capitan del buque. Como este debia visitar las islas de Africa, pobladas por habitantes aun salvajes, el menor objeto podia tener su valor, y así unos aprontaron agujas, y otros cuchillos y vidrio cuajado que los salvajes preferian en aquella época á las perlas finas y á los diamantes de su país. Abochornado Ricardo Wittingdon, confesó que no poseía mas que su gato, y llevado del deseo de la ambicion, entregó al capitan el pobre animal como mercancía de pacotilla, lo que hizo reir á todos; pero Fitzwaren, que queria que sus dependientes comerciasen como se les antojara, dispuso que el capitan llevase á bordo la pacotilla de Ricardo.

A la mañana siguiente, al verse el pobre chico sin su gato, lloró de sentimiento, y sin decir a nadie una palabra, sabiendo que el buque estaba anclado en el Támesis acabando de completar el cargamento, se puso en marcha resuelto á embarcarse y buscar fortuna como su gato. Dirigióse con rostro alegre á Dallo-way, y allí se sentó sobre una piedra, poniéndose á reflexionar acerca de la suerte que podria caberle. Era día de Todos Santos, y en aquel momento las campanas de la iglesia de Bow dieron la señal á todas las demás campanas de Londres, y Ricardo, cuyo espíritu estaba exaltado, creyó que las lenguas de metal decian:

Di-din-don, di-din-don,

Animo, Wittingdon,

Di-din-don, di-din-don,

Alcalde de London.

«Que seré corregidor de Londres? dijo Ricardo; entonces no debo dudar un momento en embarcarme: para ser corregidor de Londres, es preciso que vuelva, y que vuelva rico. Animo pues, y á cruzar los mares.»

Dicho esto, echó á correr; pero á poco acortó el paso, porque no podia respirar, encaminándose al Támesis, donde encontró al capitan que le admitió á bordo, teniendo Ricardo el gusto de ser acariciado por el gato, que ya se habia instalado en el almacen de las provisiones.

Al día siguiente dió el buque á la vela, y abordó á una isla de Berbería, donde se hacian cambios muy ventajosos, porque en aquella isla se hallaba polvo de oro, y los habitantes pagaban en esta moneda natural las mercancías europeas.

Pero el rey salió á recibir al capitan en una piragua, diciéndole no podia dejar entrar el buque en la bahía. Es el caso que algunos años antes, un buque europeo, sin saberlo, habia aclimatado en el país un azote cruel: dos ratas se escaparon desde el navío á tierra, y se habian multiplicado hasta el extremo de verse los habitantes amenazados de un hambre general, pues



no sabían como librarse de sus incómodos y voraces huéspedes.

El rey vió con indiferencia cuanto le ofreció el capitán, hasta que le enseñaron el gato de Ricardo. Cuando su magestad salvaje supo para que servía un gato en las casas de Europa, descubrió á los ingleses el motivo de su desconfianza, y quiso comprar el gato á cualquier precio; pero Ricardo, fuese por afecto ó por cálculo comercial, no quiso venderlo, ofreciéndose únicamente á recorrer la isla, contentándose con una corta cantidad de polvo de oro por cada rata que matase *Pus*, nombre que significa *Mizo*. Hecho el trato, el buque entró en la bahía, Ricardo desembarcó, y comenzó por el palacio del monarca su extraña expedición. *Pus* causó una carnicería horrible en cada casa: no diré cuantas ratas atrapó, porque nadie se entretuvo en contarlas; pero lo cierto es que no dejó la isla sin un tonel de polvos de oro, y habiendo prometido el capitán al rey que en su primer viaje le llevaría un centenar de gatos, su magestad compró á ojos cerrados toda la pacotilla.

Algun tiempo despues, M. Fitzwaren se hallaba sentado á la mesa con su hija cuando llamaron á la puerta el capitán y Ricardo, quien se habia hecho un traje nuevo, y parecia un hombre formado. El mercader los recibió con alegría, y al ver el tonel de oro dijo á Ricardo:

«Eres mas rico que yo.

—No tal: sé lo que os debo, y estas riquezas os pertenecen.

—Ni por pienso, Ricardo; eso es tuyo.

—No podríamos partir? preguntó el mancebo.

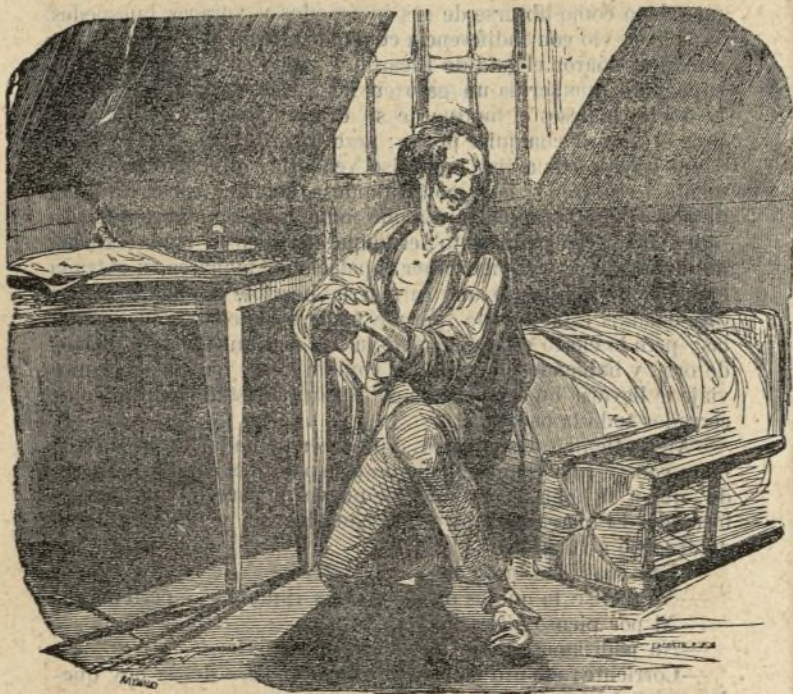
—Corriente; ese oro entrará en mi caja; pero desde hoy quedas asociado á todos mis negocios.»

Concluido el contrato, Ricardo regaló á todo el mundo, inclusa la cocinera gruñona, pero sobre todo al tenedor de libros que le enseñó á leer y escribir.

Pasados algunos años, Ricardo se casó con Alice, la hija del mercader, cuya fortuna habia crecido rápidamente, gracias al trabajo é inteligencia de Wittigdon, y el gato, aunque algo viejo, figuró dignamente en las bodas. El mismo año (era en 1360) Ricardo fué nombrado sherif de Londres, y al otro lord corregidor, como se lo habian predicho las campanas. y el gato participó del triunfo en la elegante carroza del ayuntamiento.

Al cabo de dos años murió *Mizo*, y le embalsamaron con el mayor esmero. Poco despues en su cualidad de primer magistrado de la capital, Ricardo Wittingdon dió un gran banquete al rey Enrique V, que tornaba victorioso á su reino, y á quien habia prestado una cantidad respetable para gastos de la guerra. El monarca quiso pagársela; pero el banquero quemó los billetes en su presencia, y el rey le hizo noble, figurando desde entonces en el escudo de Wittingdon el gato á quien debió su suerte.





### BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

**B**ERNARDINO de Saint-Pierre nació en el Havre el 19 de enero de 1737. Desde su mas tierna edad manifestó un gusto decidido por el retiro y la soledad, odio profundo á la injusticia, y un instinto enérjico de la divinidad, cuyos tres sentimientos dominaron toda su existencia, y se revelan en todas sus obras. A la edad de ocho años tenia un pequeño jardin, que él mismo cultivaba, y á donde por las noches iba á espiar el desarrollo de sus plantas, á estudiar la atraccion de sus flores, á sorprender sus caricias, á regar su tallo, y á consumir las horas muertas contemplando los insectos que dormian en sus cálices cubiertos de rocío. Así es que lloraba amargamente cuando sus hermanos arrojaban en medio de las rosas ó los tulipanes sus pelotas ó sus aros, y solo cogia con gusto las flores para regalarlas á su madre ó su madrina.



Como amaba extraordinariamente á los animales, un día que halló en el albañar de un arroyo á un pobre gato traspasado con un asador y próximo á espirar, lo envolvió en su capotilla, lo condujo al granero de su casa, le hizo una cama de heno y plumas, y no dejó pasar un día sin llevar á su enfermo la comida y la leche que escamoteaba en la cocina. Gracias al niño, la herida se cicatrizó, y luego que el gato cobró fuerzas, corrió á los tejados á tomar el sol, haciéndose á poco el Atila de los ratones. Traspasado con tanta crueldad por los hombres, tomó horror al género humano, y de todo el mundo huía menos de Bernardino, de quien se dejaba acariciar, rondando á su alrededor con el pelo herizado y la cola alzada en forma de penacho.

Su odio á la injusticia, su amor por la soledad y su confianza instintiva en Dios, influyeron sobre toda su infancia, y dieron lugar á un hecho extraño. Un día que se hallaba en la escuela (tenia entonces nueve años) su maestro de latin le amenazó con azotarle públicamente delante de todos sus condiscípulos, si al otro día no daba la leccion sin errar un punto. Esta amenaza le irritó de tal modo que resolvió retirarse del mundo, donde el fuerte oprime al débil, y decidido á hacerse ermitaño, á la mañana siguiente, en vez de ir á la escuela, se deslizó furtivamente á lo largo de las paredes, se escapó por calles estrechas y sombrías, y á poco se encontró en las puertas de la ciudad, la cual abandonó mas que de prisa.

Al cabo de algunas horas de camino llegó á un bosque de álamos y encinas, penetró en él, y fué á parar á un prado cubierto de verdura y muy solitario. Arrebatado de gozo corre acá y allá, cogiendo moras de zarza y ciruelas silvestres, comiendo raíces, estudiando las flores, bebiendo agua clara de un arroyo, y admirando el verde musgo de las orillas. Luego, como la noche se acercaba, y el solitario empezaba á espantarse de la soledad, y del gran apetito que no había aplacado su frugal alimento, se hincó de rodillas, rogando á Dios fervorosamente le enviase un angel con alguna cosa mas sustancial que las frutas del bosque y las raíces del valle. Dios oyó sus ruegos, y á poco vió el chico un angel que se acercaba á él bajo la forma de una mujer cariñosa que lo había visto nacer, que lo había criado, y había salido en su busca. Bernardino se dirigió á ella con transporte, y despues que ambos lloraron de alegría, el niño abrió el canasto que la mujer llevaba, y calmó la necesidad imperiosa del hambre; pero luego que su estómago estuvo mas tranquilo, se despertó su vocacion, y persistió en hacerse ermitaño, y en vivir en el fondo de un bosque, lejos del mundo y de su familia.

Se necesitaron muchas lágrimas, muchas súplicas y no pocos ruegos para que aquélla noche volviese á la casa paterna. Con-



ducido á poco á Caens, pasó algunos años en casa de un cura que tenia una quinta en las puertas de la poblacion, y un gran número de discípulos, á los cuales enseñaba los elementos de las lenguas latina y griega.

De vuelta á su casa, contrajo relaciones con un capuchino de las cercanias, que se habia hecho amigo de su familia, y que era muy instruido. Debiendo el hermano Pablo partir para Normandía, rogó á M. de Saint-Pierre que le confiase su hijo, y como el capuchino era un hombre de alma elevada y recto corazón, aquel dió su consentimiento, y Bernardino y el hermano Pablo partieron una mañana, con el morral á la espalda y un baston de nudos en la mano. Viajando á pié, pasaron juntos quince dias, llamando ya á la puerta de ricas haciendas, ya á la de pobres chozas, deteniéndose en todos los conventos que encontraban en el camino, por todas partes bien recibidos, el hermano Pablo como el mejor de los hombres, y Bernardino como el mas amable y mas guapo de los capuchinos.

Jamás se habia oculto bajo una capucha un rostro mas fresco ni mas sonrosado, y tantas caricias hicieron las damas al capuchinito, que tomó gusto á la profesion, y á su vuelta habló seriamente á su padre acerca de su proyecto de ser uno de los hermanos del orden. M. Saint-Pierre logró, aunque con trabajo, vencer su piadosa resolucion; pero su madrina le regaló el *Robinson*, y este libro decidió su destino, reviviendo en él con doble fuerza el deseo de viajar y ver tierras desconocidas.

Abrigaba estas disposiciones cuando un tio suyo, que era capitán de navío, le propuso se embarcase con él para la Martinica, y por mas que lloró su madre y resistió su padre, el lloró mas que su madre, y resistió mas que su padre, su tio unió sus ruegos á los suyos, y Bernardino se embarcó saltando de alegría. Pero no encontró lo que esperaba, porque en vez de un mar agitado y furioso, lo halló en completa calma, y el mareo destruyó los sueños dorados de su imaginacion. Además, en lugar de largas contemplaciones sobre el puente, sufrió rudos trabajos, teniendo que ocuparse en las maniobras, que obedecer el silbido del contramaestre, acostarse por la noche en una hamaca fatigado y triste, y sufrir de dia los caprichos de su brusco tio.

Al cabo de alg un tiempo, volvió de su fatal viaje, y fué enviado á Caens con los jesuitas para que continuase sus estudios, y los jesuitas, que buscaban con ardor discípulos que cautivar y almas que convertir, no tardaron en conocer que el nuevo discípulo era el mas á propósito para recibir sus inspiraciones.

Todos los dias de fie sta por la noche se reunian los religiosos en la sala del seminario, y un superior leia al auditorio la relacion de los jesuitas misioneros. Estas lecturas despertaron en



Bernardino el deseo de viajar para convertir á la religion de Cristo los pueblos del Ganges, arrojando toda clase de persecuciones, y aun tal vez sufriendo la corona del martirio! Cuando confesó á los santos padres su vocacion, estos le propusieron asociarle á los hermanos que iban á predicar la fé al Japon y á la China; pero á M. de Saint-Pierre le gustó muy poco el proyecto de ir á convertir chinos, japoneses y antropófagos, y envió su hijo al colegio de Rouen, donde estudió filosofía, y alcanzó el primer premio de matemáticas en 1757, cuando ya tenia veinte años.

Del colegio pasó á la escuela de puentes y calzadas, y hacia un año que estudiaba allí cuando supo que su padre habia vuelto á casarse, y licenciados la mayor parte de los ingenieros por falta de fondos para subvenir á los gastos del colegio, comprendiendo Bernardino que nada podia esperar de su padre, solicitó entrar en el cuerpo de ingenieros militares. Obtuvo su real despacho, seiscientas libras de gratificacion y cien luises de paga, y marchó á Dusseldorf, donde se reunia un ejército de treinta mil hombres. Víctima de la envidia algun tiempo despues, fué suspendido de su empleo, y recibió la orden de trasladarse á París. Sin dinero, sin colocacion y sin recurso alguno, determinó pasar algunos años al lado de su padre; pero á poco conoció que su presencia no era muy agradable á su madrastra, y deseando no turbar la armonía del nuevo matrimonio, resuelto otra vez á intentar fortuna, se dirigió á París por el mes de marzo de 1760 con seis luises, pero lleno de esperanzas.

Habiendo temores en aquella época de que los turcos sitiasen á Malta, muchos ingenieros, y entre ellos Bernardino, fueron enviados á la plaza; pero por segunda vez fué calumniado, y perseguido se embarcó para Francia, sufriendo una furiosa borrasca á la vista de Cerdeña, entre el banco de la Casa y las rocas que herizan la costa.

Llegado á París, vivió en aquella capital algunos años pobre, miserable, olvidado de sus amigos, y abandonado por su familia. Entonces resolvió ir á fundar una república, quimera de su juventud, y tomando prestados algunos centenares de francos, vendió sus vestidos para pagar sus deudas, se hizo con algunas cartas de recomendacion, y partió para Holanda con intencion de fundar la república en el fondo de la Rusia.

Al cabo de un viaje lleno de dificultades, falto de todo, pero terco como el genio, llegó á Petersburgo; pero sabiendo que la corte de Catalina se hallaba en Moscow, desmayó un poco porque se le iban acabando los fondos. Cuando solo le quedaban seis francos fué presentado al gobernador de Petersburgo, al cual llevó un plan de que quedó tan satisfecho el mariscal que prometió recomendar el autor al general de la artillería; al mis-



mo tiempo ofreció á Saint-Pierre un saco de rublos diciéndole que con aquella suma podría pagar el viaje á Moscow; pero Bernardino respondió que los ingenieros del rey de Francia no podían recibir dinero mas que de un soberano, y rehusó.

Penetrado el gobernador de tanta dignidad, le confió al general Sivers que se dirigía á la corte, y este colocó al jóven en un carrillo descubierto que la primera noche volcó: al segundo día se le heló á Bernardino una mejilla, luego una oreja, y sin mas alimento que pan duro y frio como el hielo, ni otra bebida que vino que tenia que cortarse con hacha, comenzaba á perder el valor cuando descubrió las torres de Moscow que brillaban entre la bruma de la tarde á los rayos del sol que iba á ponerse.

Abandonado á su llegada por el general Sivers, con un escudo por todo capital se presentó al general Bosquet, para quien llevaba carta de recomendacion, y que le acogió muy bien, alcanzándole una subtenencia en el cuerpo de ingenieros. Amigo al cabo de unos dias del general de la artillería, su nuevo protector resolvió presentarle á Catalina, y como habia escrito Bernardino una memoria que fué publicada mas tarde con el título de *Proyecto de una compañía para descubrir el paso para las Indias por la Rusia*, decidido á fundar una república cerca de las orillas orientales del mar Caspio, bendijo á la Providencia, y no dudó que con la proteccion de Catalina estaba llamado á muy altos destinos.

Desgraciadamente se cortó cuando fué presentado á la emperatriz: no la dijo una palabra, y desesperado por haber perdido una ocasion tan oportuna, al día siguiente se presentó al ministro favorito de Catalina, y le entregó la memoria. Este la leyó con indiferencia, no volvió á ocuparse de ella, y al dolor profundo que Bernardino sufrió al ver destruidas las esperanzas de toda su juventud, fué á mezclarse un dolor no menos amargo; el aspecto del despotismo de los grandes y de la servilidad del pueblo.

Después de muchas escursiones á la Finlandia rusa y á la Finlandia sueca, volvió á Petersburgo, cuando la Rusia y la Prusia querian colocar en el trono de Polonia á un príncipe electivo, y este pueblo valeroso acudia á las armas proclamando su independencía. Llevado Saint-Pierre de un piadoso entusiasmo, abandonó el servicio de la Rusia, y se dirigió á Polonia con la alegría del prisionero que acaba de recobrar su libertad.

Caminaba hácia Polonia en 1765 con el consentimiento del embajador del imperio y del ministro de Francia en Varsovia, cuando fué hecho prisionero por la imprudencia de su guía. Encerrado en un calabozo, le amenazaron con que le entregarían á los rusos si no confesaba que el embajador de Viena y el ministro le habian aconsejado aquel paso; pero él insistió en culparse



á sí mismo, y permaneció preso nueve días, al cabo de los cuales fué puesto en libertad, gracias á las vivas gestiones de ilustres personajes que se interesaron por él.

Admitido Saint-Pierre en los salones de todos los jefes de partido, fué muy bien recibido por una princesa jóven, hermosa y de talento, grave como una romana, heroica como la mujer de Sparta, amable y coqueta como la de París. Ocupado Bernardino hasta entonces con sus viajes y su ambicion, no habia pensado en el amor; pero concibió entonces una profunda passion, á que correspondió la princesa. Luego que la familia lo supo, sacaron á la enamorada de Varsovia, y Bernardino marchó á Viena, donde recibió una carta de la princesa, y engañado por la pintura animada que le hacia de sus pesares, se trasladó á Varsovia. La princesa se hallaba en un baile, y apenas hizo caso del oficial, quien se volvió á Viena con el corazón desgarrado.

Encendida la guerra entre Polonia y Sajonia, partió para Dresde, donde fué muy bien acogido por el conde de Bellegarde que le concedió su amistad; pero la amistad del conde fué tan impotente como sus promesas, y cansado de residir en Dresde partió para Berlin, resuelto á pedir servicio al gran Federico. No pudiendo obtener lo que pedia, dejó á Berlin para volver á Francia, y se encontró con que su padre habia muerto, y su hermana habia entrado en un convento. En él la vió y despues de cederle algunas rentillas de su patrimonio, alquiló una casita en Ville-d'Avray, y se retiró á ella para dar la última mano á sus viajes por el Norte.

Luego que acabó sus memorias, las presentó á M. Durand, primer oficial del ministerio de estado, á quien conoció en Polonia; pero Durand no leyó las memorias y las estravió. Entonces desanimado y cansado de solicitar en balde, manifestó Saint-Pierre deseo de pasar á las colonias, y habiendo conseguido el despacho de ingeniero para la isla de Francia por influjo del baron de Breteuil, que lo habia acogido muy bien en San Petersburgo, este le confió que su destino era para Madagascar, y que estaba encargado de levantar las murallas del fuerte Delfin y de civilizar la colonia.

Lleno de alegría se embarcó Saint-Pierre con el jefe de la empresa, y un día que sentados los dos en la duneta de popa le hablaba de sus proyectos de legislacion y de felicidad pública, el jefe de la expedicion le dijo sonriendo que ya era tiempo de renunciar á semejantes quimeras, y que no habia tenido otro designio que ocuparse en la trata de negros. Indignado de tanta perversidad, Saint-Pierre se separó de la expedicion, compró una mala cabaña en la isla de Francia, y vivió allí como ingeniero, no sin estudiar la historia natural, haciendo excursiones



á la isla Borbon y al cabo de Buena-Esperanza, hasta que dió la vuelta á Francia, entrando en París en el mes de junio de 1771.

Despreciado por sus amigos, y burlado de los extraños, publicó en 1773 sus memorias sobre la isla de Francia, por cuyo manuscrito debian darle mil francos; pero no se la pagaron, y si esta obra le valió algunos admiradores, tambien le grangeó no pocas enemistades, introduciéndole en una sociedad relajada que se burló de sus desgracias, y le despreció por sus virtudes.

La ingratitud de los hombres, desgracias imprevistas de familia, la ruina total de su patrimonio, las deudas de que estaba atestado, sus esperanzas de fortuna desvanecidas, sus intenciones calumniadas, un pasado doloroso, un presente que se le escapaba á cada paso, un porvenir incierto, tantos males combinados destruyeron su salud y su razon, y tomó tal odio á los hombres, que le era imposible permanecer en un aposento donde hubiese gente, y no podia atravesar una calle en que se encontrasen reunidas muchas personas.

Cuando se hallaba solo, se disipaba su mal, y tambien se calmaba en los sitios donde solo habia niños. A poco, sin solicitarlo, le señaló el rey un socorro anual, beneficio incierto que dependia de la voluntad de un ministro, del capricho de terceras personas, y de la maldad de sus enemigos. Convencido de esto mismo, se alejó del trato de los hombres, y luego que dejó de verlos, se calmó poco á poco, tranquilizóse su espíritu, y se refugió al amor de la naturaleza, el único que no engaña, el único cuyas riquezas nunca se agotan.

Habiendo perdido en un cambio de ministerio la gratificacion anual de mil francos, que era su único recurso, se decidió á publicar sus escritos, y recogió los fragmentos de la *Arcadia*, á fin de formar con ellos los *Estudios*, que mutiló la censura, y que no quisieron comprar muchos libreros, teniendo el autor que publicarlos á su costa. Al fin aparecieron los *Estudios* en 1774, y su buen éxito consoló al autor de las tribulaciones que habia experimentado. Cuatro años despues, en 1788, publicó *Pablo y Virginia*, que tal vez no hubiera visto la luz pública, sin el pintor Vernet á quien la leyó el autor, lo mismo que antes habia hecho en los salones de Madama Necker, cuyos tertulios la acogieron con fria indiferencia.

El éxito de *Pablo y Virginia* fué inmenso, y puso al autor en estado de abandonar su boardilla para comprar una casita con un jardin, desde la cual dirigió á Luis XVI los *Votos de un solitario*, meditaciones morales que tendian á conciliar los nuevos intereses que se agitaban en la nacion con los viejos intereses de la monarquía. Dos años despues publicó la *Cabaña india*, sátira ingeniosa escrita con el corazon, y en 1792, cuando se ocupaba en poner en orden algunos fragmentos de las *Harmonías*,



Luis XVI le arrancó á la soledad para confiarle la intendencia del jardin de las plantas y del gabinete de historia natural.

Suprimida la intendencia en los dias de la revolucion, Bernardino se aprovechó de su libertad para refugiarse á Esona, donde habia hecho edificar una linda casita, y tuvo que solicitar una corta gratificacion para completar el pago de las dos fanegas de tierra que poseía, pues salió de su destino sin un cuarto. A ellas se retiró con su mujer, porque se habia casado poco tiempo antes de su nombramiento para la intendencia, y vivió feliz y solitario, extraño á las pasiones que ardian á su alrededor.

A fines de 1794 fué nombrado catedrático de moral de la escuela normal, destino que aceptó con repugnancia, y que desempeñó con nobleza y modestia, pero con valor para predicar sus doctrinas religiosas en medio de la impiedad de su siglo.

Muerta su esposa, Saint-Pierre se estableció en París con sus dos hijos, cuya educacion queria dirigir; pero aquella tarea era harto pesada para un hombre de sesenta y tres años, y se casó con una jóven, que consagró con entusiasmo su juventud y sus virtudes á cuidar al que la habia prendado con su talento. Despues de tantas fatigas y contratiempos, la noche de su vida fué pura y serena, y gracias á la munificencia de José Bonaparte vivió en paz sus últimos años en una casa de campo situada en las orillas del Oisa, en la aldegüela de Epaguy, donde redactó la *Amazona*, y puso en orden su *Teoría del Universo*. A la pension de seis mil francos que le señaló José Bonaparte, y mil que poseía ya, el gobierno añadió otra de dos mil, concediéndole la cruz de la legion de honor, con lo que libre de la miseria y sin inquietud por el porvenir de sus hijos, pudo descansar de sus trabajos, la única ambicion que abrigaba.

Murió Bernardino de Saint-Pierre en los brazos de su mujer y su hija el 21 de enero de 1814, dejando notas preciosas y muchos materiales acerca de su vida triste pero novelesca.

## ORÍGEN DEL MÉDICO Á PALOS.

### ANÉCDOTA CÓMICA.

ANTIGUAMENTE hubo un villano (llamábase así á los habitantes del campo) que á fuerza de avaricia y trabajo reunió un buen capital. Sin embargo, no pensaba en casarse, y sus amigos se empeñaron en buscarle una compañera, como en efecto lo hicieron, proponiendo al campesino una señorita noble y bella, pero muy pobre.

El bueno del villano se unió en matrimonio á la jóven, y á poco se hizo celoso y colérico hasta el extremo de pegar á su



esposa tres veces á la semana, dándole tales bofetadas, que muchas veces quedaron grabados en su rostro los toscos y ásperos dedos del campesino. La pobrecilla no hacia otra cosa que llorar y gemir; pero como tenia buen corazon, siempre perdonaba á su marido, el cual prometia con frecuencia que se corregiría de su brutalidad. Con todo, pasaban las semanas, y el villano continuaba en su manía, de suerte que la infeliz señora se devanaba los sesos para hallar un buen medio de atraer á la razon al rústico.

Un dia, que estaba desesperada, entraron en su casa dos enviados caballeros en magníficos potros blancos, señal evidente de que pertenecian á la servidumbre del rey. Dióles pues albergue, y no tardó en saber que buscaban á un médico habil para que curase á la hija del monarca, la cual hacia ocho dias que tenia clavada en la garganta una espina de pescado sin que nadie hubiese podido extraérsela. «La princesa no come ni duerme, añadieron los enviados, y sufre dolores increíbles; por lo cual el rey, que está profundamente afligido, y que si muere su hija habrá de seguirla al sepulcro, nos ha encargado busquemos á un buen médico para que la salve.

—No vayan VV. mas lejos, repuso la dama; yo conozeo á un médico mas hábil que Hipócrates y Galeno.

—Lo dice V. de veras?

—Es la pura verdad; pero el médico de que hablo es muy caprichoso, y le ha dado por no ejercer su facultad: así es que como VV. no le casquen de lo lindo, no sacarán de él el menor partido.

—Si no es mas que eso, ya le calentaremos las costillas: dónde vive?»

La dama les mostró unas tierras que á la sazón labraba su marido, y los dos enviados, provistos de muy buenos palos, fueron en busca del villano, á quien saludaron en nombre del rey, rogándole les siguiese.

—Para qué? preguntó el campesino.

—Para curar á su hija.»

El patan respondió que sabia llevar el arado, y que si el rey lo necesitaba para esto, podría servirle; pero respecto á la medicina, protestó que no entendia una palotada.

«Esta visto, dijo uno de los caballeros, que nada conseguiremos con los cumplimientos.»

Y echando pié á tierra tanto el uno como el otro, apalearon al rústico por mas que gritó y se desesperó, hasta que al fin prometió obedecer.

Inquieto y cuidadoso el rey por la salud de su hija, acusaba la tardanza de los comisionados, cuando se presentaron estos con nuestro buen hombre, el cual fué conducido inmediatamente á la



cámara de la princesa. El pobre diablo se hince de rodillas y jura por todos los santos de la corte celestial que no sabe una palabra de medicina; pero el rey, enterado del capricho del facultativo, hace una seña, y al momento cae sobre las espaldas del patán una lluvia de palos.

—«Perdon! exclama, perdon! yo la curaré.»

Y como viese delante á la princesa, pálida, moribunda y con la boca abierta, se acercó á ella, y luego que se enteró de la causa del mal, así como del sitio que ocupaba, se dijo á sí mismo:

—«Puesto que el mal está en el cuello, tal vez desaparecerá haciéndola reír.»

Y mandó que encendiesen lumbre, y le dejáran solo con la princesa.

Cuando todo el mundo se hubo retirado, la sienta, se tiende á lo largo de la candela, é imitando los gestos del mono se pone á rascarse con sus negras y retorcidas uñas, haciendo tantas contorsiones y muecas, que la princesa, á pesar de sus dolores, no puede contenerse. Lanza pues de repente una ruidosa carcajada, y al esfuerzo que hace se desprende la espina, la cual es recogida por el villano, diciendo al rey en tono doctoral:

—Señor, la salvé.

Festejado por el monarca y cubierto de magníficos y costosos regalos, trató el campesino de dar la vuelta á su choza; pero una multitud de cortesanos, en la esperanza de que los curaría, se presentaron á nuestro hombre que por haber rehusado recibió de nuevo unos cuantos palos. Para librarse del vapuleo prometió que curaría hasta la última criada; pero cómo componérselas? Este era el punto de la dificultad.

Convocó á todos los enfermos, y les habló así:

—Amigos míos, solo conozco un medio de curación; cual es escoger al que se halle en peor estado, arrojarle al fuego, y luego que esté consumido recoger las cenizas para darlas en ciertas bebidas á los demás pacientes. Violento es el remedio, pero seguro, y respondo de que con él sanarán todos. Cuál es pues el mas enfermo?

—Yo no! dijo uno.

—Ni yo tampoco! exclamó otro.

—«Ni yo! ni yo! ni yo!» gritaron todos, levantándose precipitadamente y tomando las de Villadiego.

Desembarazado el villano por medio de esta astucia de su papel de médico, no permaneció mucho tiempo en la corte, y de vuelta á su aldea se habia corregido en tal manera que su esposa en lo sucesivo solo tuvo ocasion de celebrar la cortesía del marido.

Esta aventura, tan antigua que apenas se sabe el lugar donde acaeció, fué pasando de boca en boca, hasta que Moliere, el



primer autor dramático de la Francia, la acomodó á una de sus mejores comedias, *le Medecin malgré lui*. Traducida al español con el título de *El Médico á palos*, ha estado con razon muy en boga en nuestros teatros, hasta que las obras de una nueva escuela literaria y dramática vinieron á desterrar de la escena esta y otras producciones altamente cómicas.

## LA MARIPOSA Y LA ORUGA.

### Fábula.

Una linda mariposa  
De flor en flor revolaba,  
Y festiva acariciaba  
Ya al jacinto, ya á la rosa.

Pero en un lirio al posar  
Una oruga descubrió,  
Y con cólera exclamó:  
«¡Quién lo habia de pensar!

Entre odoríferas flores  
Un vicho tan pobre y feo?...  
Me voy de aquí, porque creo  
Que va á manchar mis colores.

—Orgullosa coquetuela,  
El insecto la responde,  
Cuál es tu cuna? de dónde  
Desciende tu parentela?

Recuerda que fué un gusano  
Tu padre, y no casquivana  
Así te engrias ufana,  
Hendiendo el aire liviano.»

Yo aprecio de corazon  
Al que, si sube con gloria,  
No arroja de la memoria  
Su primera condicion.

Pero hoy ¡voto á Merlin!  
Muchos que á elevarse llegan,  
Muy pronto al olvido entregan  
Su origen harto ruin.

Que en este siglo orgulloso,  
De ruido y oropel,  
Todo el que muda de piel,  
Se hace necio y vanidoso.

TENORIO.